

Freno

Patricio Flores



Capítulo 1

Freno

Lo primero que debo advertir a quien lea lo que a continuación relataré es que pese a las consecuencias del hecho en cuestión, algunas bastante desagradables, no me arrepiento de absolutamente nada en cuanto a mi participación. Considero que era necesario.

Han pasado 3 meses desde ese día lunes de una fecha que recuerdo a la perfección, lamentablemente debido a todo lo que vino después, pero que aquí omitiré simplemente porque quiero y puedo. Las ventajas de ser la narradora.

Era Diciembre y hacía un calor horrible y yo me había aventurado a hacer algunas compras navideñas en un nuevo afán que tenía por obligarme a hacer las cosas a tiempo y no apurada casi en el tope de las fechas. Ok, quizás ya sospechan de que fecha hablo: lunes, Diciembre, compras navideñas, etc. Está bien.

Sin ninguna otra opción y como siempre, descendí las escalinatas en pleno centro de la ciudad, que me llevarían a la estación de metro del lugar. Resignada, lo admito.

Por el lugar circulaba un sinfín de personas, en todas direcciones, diferentes ritmos e individuales prisas. Nada nuevo. Es por ello que hice lo propio, lo más rápido que pude hasta llegar al torniquete de acceso a los andenes, el que sorteé de forma casi tan mecánica como el propio aparato. Bajé trotando o en algo parecido a eso, debido a que en ambos manos acarreaba bolsas con regalos. Confieso que no eran pesadas ya que contenían ropa pero eran bolsas al fin y al cabo. Llevaba prisa y para suerte mía, mientras bajaba las escaleras, sentí el inconfundible sonido del metro a punto de entrar al andén. El carro abrió sus puertas justo cuando me paré frente a él y junto con el tumulto ingresé o me ingresaron, quizás debiese decir.

Por fin dentro, busqué con la mirada algún asiento disponible aún sabiendo cual sería mi hallazgo: no había ninguno. Lógico. El carro contaba con muchos pasajeros pese a no ser una hora punta, pero jamás al extremo de esos horarios.

Vi un espacio disponible en las puertas contrarias a las de entrada y me aseguré allí dejando mis bolsas en el piso y apoyando la espalda contra la puerta. Sudaba moleestamente. Sentía correr dos gotas desde mi nuca pasando por toda la raíz de mi pelo que en ese día estaba tomado, en caída libre hacia el cuello y la espalda hasta chocar con el borde del peto

rojo que vestía.

—Horrible ¿verdad?

Sentí de súbito a mi izquierda y me volteé.

La primera impresión que me dio fue la de una secretaria, principalmente por como vestía: falda azul, blusa blanco invierno que llevaba arremangada hasta la mitad de los antebrazos y sobre el hombro derecho colgaba una cartera negra, sobre ella la chaqueta del mismo azul que la falda. No conocía y hasta hoy tampoco, muchas secretarias, salvo una tía que lo hizo toda su vida por lo que seguramente la recordé a ella o al típico cliché que existe sobre su apariencia.

No me dirigió la mirada al hablarme, la que siempre recordaré cuan perdida parecía estar en la espalda de alguien frente a ella. Supuse que hablaba del calor y repliqué:

—Sí, terrible... y peor aquí.

Ella sonrió con desgano.

—Sí... peor aquí —repitió casi susurrando y fue allí que me miró. Sus ojos castaños decían algo que en ese momento no supe descifrar. No es que me caracterice por andar descifrando miradas por la vida, pero algunas, la mayoría, son sencillas de leer: tristes, felices, emocionadas, con rabia, en fin. La de ella no. Aunque poco me tomaría saber a medias, lo que quería decir.

—¿De compras? —me preguntó.

—Sí, algunos regalos para Navidad —respondí mirando las bolsas depositadas en el suelo, entre mis pies.

—Siempre hay algo que comprar ¿no? —agregó volviendo a perderse en otro lugar de ese carro. Yo asentí y sonreí por empática complicidad.

Pasaron dos estaciones de metro ante nuestros ojos sin que nos dirigiéramos la palabra hasta que ella decidió romper nuevamente el silencio.

—¿Te molesta si acciono el freno de emergencia? —dijo con total parsimonia.

Reconozco que por un par de segundos, literalmente no pude entender lo que había dicho. La escuché, pero no pude hacer que lo que acababa de

decir tuviera significado o sentido en mi cabeza. Solo atiné a decir:

—¿Perdón?

—¿Te molestaría mucho si acciono el freno de emergencia?
—reiteró con tono algo menos paciente pero esta vez mirando hacia el frente y haciendo un ademán con las cejas. Claramente se refería a la pequeña palanca roja en la pared del frente de ese carro.

Recuerdo que me quedé observando el dispositivo, su color rojo, como estaba protegida por una tapa de plástico transparente y como con claridad rezaba en letras rojas:

Freno de Emergencia. Accionar en caso de emergencia.

—¿Quiere...? —fue lo único que pude esbozar.

—Sí, quiero —afirmó con total certeza

—¿Y por qué?

Ante mi pregunta la mujer frunció el entrecejo y lanzó un largo suspiro.

—Porque es necesario

—¿Tiene algún problema? ¿En el trabajo, de dinero, de salud, familiar o...?

—No tengo ningún problema en particular más allá de los que tú o cualquiera de estas personas tiene.

—¿Entonces?

—Mi único problema es esto —aseveró mirando a nuestro alrededor.

Debo haber hecho alguna típica rara expresión con la cara porque la mujer me miró, la leyó y continuó:

— ¿Qué es lo que ves? Mira a tu alrededor.

Recuerdo que miré en torno y vi a mucha gente de todas las edades y géneros ensimismados en las pantallas de sus celulares y temí que se refiriera a eso en algo así como una protesta contra esta nueva forma de “comunicarse”, pero luego me fijé en el resto. Un par de personas conversando, pero eran los menos. Llamó mi atención en ese barrido rápido, una chica que no debió tener más de 20 años, leyendo un libro que sostenía hábilmente con una sola mano mientras con la otra se

sujetaba del tubo de apoyo en ese lado del tren.

—Veo a la gente... —dije pensando bien las próximas palabras que usaría —concentradas en su propias cosas.

—Y ahora pregúntate que sientes frente a eso —agregó y sentí como si estuviera en algún examen universitario o en el psicólogo.

No supe que decir. Me quedé en blanco meneando la cabeza, intentando formular una respuesta que en el fondo tenía.

—Soledad —escuchamos ambas y nos sorprendimos al mismo tiempo. Era el hombre al lado de la mujer —y así mismo todo se está pasando tan rápido, como este tren.

—Tal cual —añadió la mujer y fue en ese momento cuando empecé a temer por esa inesperada alianza.

—La vida se pasa tan rápido, mijita —añadió la mujer — y así —y miró en torno a todos con una desolada expresión. —Quisiera frenar, pero no te dejan. En mi trabajo no podría, ni siquiera con mi familia. No depende mí. Excepto aquí.

—Pero señora, aquí hay mucha gente. Es muy peligroso lo que quiere hacer, va a salir alguien lastimado.

—Siempre alguien sale lastimado.

—Así es. —agregó el hombre a su lado. —Yo se lo agradecería, mi dama. No soporto esto.

En ese momento noté que la mujer adquirió la fuerza necesaria para ponerse en movimiento. Dejó su cartera y chaqueta en el suelo con despreocupación y me miró

—Se que estas asustada mijita. Yo lo estoy, pero quiero que intentes algo —me susurró. —Bota esas bolsas que llevas con regalos — y fue en ese preciso momento que entendí todo. No supe en qué momento de esta extraña conversación yo había tomado mis bolsas del suelo y las tenía en ambas manos y aprisionadas contra mis muslos y caderas. De verdad, he intentado recordar en qué momento pude haberlo hecho y no, no hay caso. Está bloqueado. Y la verdad es que no importa eso, lo que sí importa es por qué lo había hecho. Aferrarme a unas bolsas con ropa, compradas a la rápida en un mall hace una hora. Bolsas que no significaban nada para mí.

Intercambiamos miradas con la mujer y le hice caso. Solté las bolsas y hasta la cartera que llevaba y sentí algo nuevo. Me sentí. Mientras una

brisa entraba por una de las ventanas abiertas de ese carro, la mujer de falda azul, zapatos de taco bajo negros caminó con andar cansado pero decidido hacia la palanca roja. Cuando llegó frente a ella, sin que nadie le dirigiese la mirada, yo observé al hombre que había intervenido en la conversación, sujetarse de un pasa manos. Y de súbito eso me hizo tomar mi propia decisión. Avancé un paso, luego otro y no me sujeté de nada. Mis brazos descansaron libres. Escuché un crack y luego cerré los ojos. A los segundos una alarma sonó y enseguida el tren comenzó a frenar violentamente. Sin apoyarme en nada salté tan lejos que mi cara aterrizó en la cintura de alguien que luego se fue al suelo conmigo encima por unos segundos. Escuché gritos, garabatos, golpes y lamentos.

Todo el mundo sintió el impacto y pese a que luego vinieron interrogatorios, citaciones a tribunales, acusaciones y condenas públicas, sentir ese impacto me cambió.

Como dije al comienzo, no me arrepiento de la participación que tuve en el hecho pese a la buena cantidad de lesionados que el evento dejó. Yo misma me quedé con un ojo en tinta por un tiempo. Esa mujer le puso un freno al menos a una vida. La mía. Reconocí la vertiginosidad de todo y me aterró sentirme como esa mujer, atrapada en una rutina sin capacidad de frenar.

Por eso aún estoy así, frenada. Y me pregunto hacia donde debo reiniciar la marcha.

FIN.